

¡N'OMBRE!, YO A TU EDAD...!

ADULTEZ DISIDENTE E IDENTIDADES ETARIAS NO CANÓNICAS EN LA CONTEMPORANEIDAD

GUILLERMO IGNACIO
REYES RODRÍGUEZ

El nuevo sistema cultural global ha reordenado el mundo y nos ha llevado a atribuirle otros significados a la realidad social. A través de elementos como la estética de lo efímero, el placer de la mirada [...] y la manipulabilidad del cuerpo, se da como resultado algo fundamentalmente nuevo, una forma sistemática y generalizada de fusionar estos tres caracteres (Appadurai, 2001). Esto llama la atención hacia las nuevas formas de los cuerpos y las nuevas manifestaciones de la identidad que rompen con los esquemas monolíticos de la modernidad y proponen, a la vez que se muestran a sí mismos, nuevas formas de lucha en contra de los regímenes visuales coloniales que marca(ba)n el paso de lo que es permitido imaginar socialmente y lo que está fuera de la luz o no es permitido ser/pensar.

En este artículo se explorarán algunos de los temas más apremiantes en la discusión sobre las nuevas formas de ser adulto en la época contemporánea, comenzando por una crítica al adultocentrismo como sistema de poder, pasando luego a la coerción a los

cuerpos adultos no normativos y la resistencia de estos sujetos, para finalizar con una propuesta de investigación para las nuevas identidades adultas y la destigmatización de estas identidades adultas consideradas “no canónicas” e incluso “monstruosas”.



“EN MIS TIEMPOS NO ERA ASÍ”. EL ADULTOCENTRISMO COMO SISTEMA DE PODER

Cuando pensamos en nuevas formas identitarias o en formas de identidad contrahegemónicas (es decir, que se anteponen a identidades consideradas “predominantes” o “aceptables” en sociedad), es común que se nos vengan a la mente todas aquellas identidades nacidas de los movimientos de fines del siglo pasado, como las identidades negras, de la diversidad sexual o las identidades urbanas de los jóvenes. Hoy en día, estas identidades han cobrado mucha fuerza y empuje social y cultural y se han puesto en los reflectores del escenario de la lucha política en México y el mundo. Este avance de las luchas por la diversidad identitaria nos ha llevado a repensar lo social y desestructurar los duros cimientos que mantenían intactas las formas de reproducción social, derrumbando uno a uno los centros del imaginario social como el heterocentrismo, la supremacía blanca, el patriarcado y el adultocentrismo.

60 años han pasado desde el inicio de estas luchas por la identidad y las preguntas, década con década, son: ¿Qué sigue? ¿Cuál es el siguiente paso? Con mayor vigor se ha resuelto en esta década en particular la lucha en contra del régimen heteropatriarcal y el machismo por parte de diversos grupos de la comunidad LGBTQI+ y feministas. Primero en la búsqueda de sus derechos, luego, en contra del régimen para su destrucción. Estos movimientos han visto en la generación de su identidad una forma de lucha política. Quienes forman parte de la reproducción del sistema hetero-cis-patriarcal o que gozan de los privilegios que otorga, no han hecho suficiente por tirarlo abajo; sin embargo, los hombres heterosexuales, quienes se han visto beneficiados por dicho sistema, que deseen participar y apoyar en las causas de esta lucha, deben comenzar por su propia deconstrucción, cuestionar sus privilegios y pensar nuevas formas de masculinidad que les permitan vivir su identidad como hombres

desde otras trincheras que no sean las del sistema de poder que les respaldaba ahí. Pensar en otras formas de ser hombre, por ejemplo, contribuye al resquebrajamiento del sistema y a no seguir poniendo en el centro de la historia la gramática y las formas culturales del hombre.

Un fenómeno similar al del género podríamos verlo con la etariedad¹. Los jóvenes, a quienes antes ni siquiera se les consideraba como un grupo etario independiente, sino uno de transición, han logrado a lo largo de estos últimos sesenta años poner en claro que son actores políticos valiosos y poderosos, con una capacidad de agencia inédita y con facultad para transformar la sociedad global. En México, se ha visto el poder de convocatoria y generación de memoria histórica por parte de las juventudes en movimientos como el del 68, #Yosoy132 y en Ayotzinapa. El empuje de este grupo de población ha llevado a la generación de políticas públicas y a la transformación de lo que significa hacer política en el mundo, no solo para ellos, sino para otros grupos de edad como los niños y los adultos mayores, quienes, aunque con capacidad de agencia, no poseen las herramientas políticas con las que los jóvenes se hacen al momento de hacer escuchar sus voces.

De la misma manera que con los movimientos LGBTQI+ y feministas, la lucha de estos actores juveniles se da contra un régimen patriarcal, pero en este caso el adultocéntrico, el cual coloca en el centro del escenario político, social, cultural y económico a los adultos. Los jóvenes, al ser, primero una identidad inexistente y posteriormente una “infantilizada” (sin voz), se han visto en la necesidad de luchar contra órdenes que los quieren adultizar y someter a lógicas que no obedecen a sus realidades sociales. Y quienes se ven más favorecidos por este sistema adultocéntrico, es decir, hombres adultos “maduros”, no se han sumado con suficiente compromiso a la causa de este movimiento juvenil de resquebrajamiento del adultocentrismo. En este caso, el papel de los adultos en las causas juveniles debería ser el de darles paso, dejarles los reflectores y escuchar sus voces; sin embargo, los adultos siguen en posesión del podio.

1 Identidad generada a partir de la edad o la etapa del curso de vida en que se encuentra el sujeto.

Para que los adultos puedan contribuir de manera efectiva al derrumbamiento del orden adultocéntrico, tienen que reconocer y validar a los demás grupos etarios (niños, adultos mayores y jóvenes), pero además, deben aceptar que existen otras formas no canónicas de ser adulto, de la misma forma que el patriarcado se derrumba pensando en otras formas de ser hombre. Deconstruir la adultez es una estrategia que puede servir para minar el muro inamovible que representa lo adultocéntrico. Al pensar en otras formas de ser y estar en la adultez, logramos refractar esta identidad etaria y contribuimos a derrumbar la idea de que la adultez tiene una sola forma y es el cenit de la vida. Hoy en día, lo más común es lo primero, la lucha por el reconocimiento de las identidades no adultas y sus necesidades y espacios, pero poco se habla de minar la adultez misma, dejar de ver esta etapa de la vida como algo unívoco, uniforme o monolítico, y empezar a hablar de lo adulto como algo diverso en cuanto a su manifestación identitaria.

Se tiene que cuestionar lo adulto como sinónimo de completud. Lo adulto no es un cenit ni un fin del desarrollo, sino una transición más en el curso de la vida. Reconocer formas de adultez disidentes da paso a una libertad identitaria de sujetos que actualmente se encuentran coaccionados por el sistema adultocéntrico, en el cual no encuentran una forma exitosa de cubrir sus necesidades identitarias y ni siquiera logran cumplir las expectativas que les son impuestas por generaciones anteriores; también contribuye al legítimo uso de la voz política por otros actores, y por tanto, a poner en la agenda de forma prioritaria las problemáticas de otros grupos de edad.

La propuesta está planteada, pero vayamos por partes. A continuación, se revisarán los elementos

que podrían ayudarnos a plantear la adultez como disidente, cuál sería su relación con el régimen a partir de esto y cuáles serían las formas de abordar a este fenómeno desde las teorías de la identidad.

“Y TÚ, ¿TE MANDAS SOLO O QUÉ?” EL PODER EN LOS CUERPOS NO ADULTOS Y ADULTOS NO CANÓNICOS

Para poder hablar de los cuerpos etarios y el poder, debemos establecer dos puntos de partida: a) los grupos de edad son determinados socialmente (Johfre y Saperstein, 2023) y obedecen a ciertos roles; por lo tanto, son propensos a articularse alrededor de relaciones de poder, y b) algunos de los sustantivos utilizados para nombrar a los grupos de edad son también adjetivos, que enuncian estados deseados o despreciados del cuerpo (Debert, 2010), como el hecho de ser “muy infantil”, verse joven, o “parecer un viejito”. Los cuerpos, como se dijo hace un mo-

mento, son generados a partir del contexto sociohistórico en que se inscriben y poseen sus propias características; lo de hoy son los cuerpos jóvenes (Reguillo, 2007). Existe una necesidad, vendida por el sistema, de buscar la juventud con ahínco, pues la juventud es atribuida con toda la carga positiva de la

durabilidad, la energía, la productividad y el goce, valores todos de la reproducción capitalista.

Este introducir (o reflejar) en el cuerpo los valores o intereses de un sistema político o económico, obedece a lo que muchos autores, como ya lo han hecho Foucault, Agamben o Heller, llaman biopoder y biopolítica, que son todos aquellos procesos

“PARA QUE LOS ADULTOS PUEDAN CONTRIBUIR DE MANERA EFECTIVA AL DERRUMBAMIENTO DEL ORDEN ADULTOCÉNTRICO, TIENEN QUE RECONOCER Y VALIDAR A LOS DEMÁS GRUPOS ETARIOS (NIÑOS, ADULTOS MAYORES Y JÓVENES), PERO ADEMÁS, DEBEN ACEPTAR QUE EXISTEN OTRAS FORMAS NO CANÓNICAS DE SER ADULTO, DE LA MISMA FORMA QUE EL PATRIARCADO SE DERRUMBA PENSANDO EN OTRAS FORMAS DE SER HOMBRE”.

de disciplinamiento realizados a través del cuerpo (Valenzuela, 2011). Estos procesos biopolíticos atraviesan los cuerpos, no solo a través de la producción, sino a través de la pobreza y la racialidad, el consumo, la moral y el género (Reguillo, 2007), y ahora de la edad también.

Desde luego que el poder de la clasificación etaria opera en varias direcciones y no únicamente en la juvenilización de los adultos, sino en la adultización de los jóvenes y niños también.

“EL PROBLEMA CON FIARSE DE LOS PROCESOS BIOCULTURALES ES QUE NO PERMITEN GOLPEAR LOS FUNDAMENTOS ESTRUCTURALES DEL BIOPODER Y, POR TANTO, LA GENERACIÓN DE UNA TRANSFORMACIÓN REAL ES ALGO PRÁCTICAMENTE IMPOSIBLE, PUES SOLO SE ESTÁ JUGANDO AL MISMO JUEGO, SOLO QUE EN LA OTRA PORTERÍA”.

“En zonas populares, los niños se involucran en procesos de prematuro adultecimiento, donde su vida se define desde los marcos del trabajo y no a partir de las ofertas de consumo” (Valenzuela, 2011, p. 43). Así, los adultos deben mantenerse jóvenes, consumiendo productos para tal efecto y produciendo con las actitudes y valores que según corresponden a esta juventud; también, los niños que no tienen las condiciones estructurales para desarrollar su infancia con apego a sus derechos deben participar de las dinámicas adultas de responsabilidad y trabajo.

Existen, desde luego, formas de resistir el embate del biopoder sobre nuestros cuerpos. Una de las estrategias es sobre las prácticas bioculturales, en las cuales se decanta la centralidad corporal en la disputa social y ocurre una intención de semantización del cuerpo y la disputa por su control (Valenzuela, 2011). Esto no significa otra cosa que utilizar el cuerpo en forma de protesta contra todo disciplinamiento que se da en (contra) él.

El problema con fiarse de los procesos bioculturales es que no permiten golpear los fundamentos estructurales del biopoder y, por tanto, la generación de una transformación real es algo prácticamente imposible, pues solo se está jugando al mismo juego, solo que en la otra portería.

Para pensar en términos de desestructuración del aparato biopolítico de la edad, tendríamos que hablar de disidencia. El disidente no está en la oposición (no está en la otra portería; es más, no está ni en la misma cancha, ni en el mismo juego), ha decidido separarse; ahí radica su potencial transformador, en la revelación de otro orden posible. El disidente articula resistencia y seducción (Reguillo, 2013). Para lograr esto, tenemos que pensar en un sujeto etario que no obedezca a las lógicas de división etaria que están supeditadas al sistema productivo ni al curso de vida clásico moderno. Al ser el sujeto adulto el principal sujeto agente de esta biopolítica etaria, tendría sentido pensar en que fuera este mismo sujeto el que rompa con los cánones del biopoder etario.

¿Sería la adultez disidente biocultural? Completamente, en tanto que hay intención de rompimiento y agencia; además, el adulto que diside, también puede jugar dentro de las lógicas del biopoder y romper a contrajuego desde adentro, pues estaría en contra de un régimen biopolítico adultocéntrico que ha privilegiado al varón adulto, pero un tipo específico de adulto, con características delimitadas y en pro de la reproducción social.

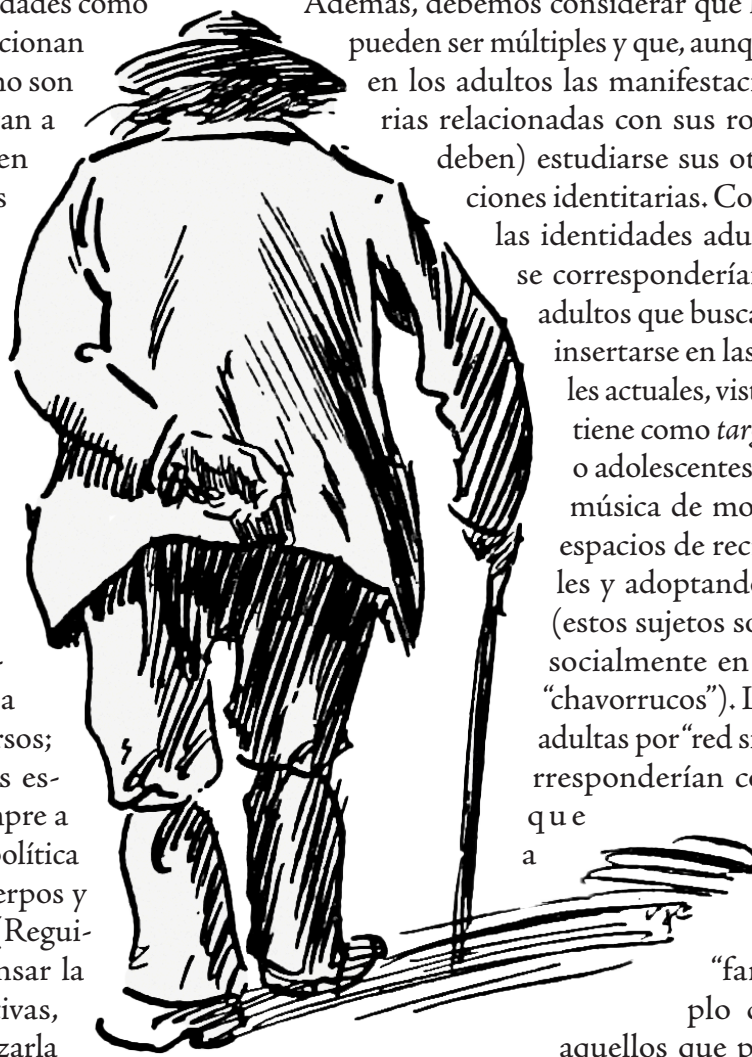
COMO TE VES, ¿ME VI? OTRAS FORMAS DE APROXIMARSE A LA ADULTEZ

La edad es una construcción social, pues el tiempo no es absoluto, sino relativo. Existe un tiempo social que está relacionado con “los procesos de vida diferenciados [y] los cambios desiguales o intensidades diferenciadas de la vida” (Valenzuela, 2001, p. 24). Es decir, el tiempo no corre de la misma forma para todos; ni los estragos biológicos del paso del tiempo se presentan igual en todos, ni socialmente nos inser-

tamos en los mismos tiempos a las distintas etapas de la vida. “La intensidad del tiempo nos permite identificar formas desiguales de envejecimiento” (Valenzuela, 2011, p. 24).

Con esto en mente, cabría pensar que cada grupo social, o incluso cada sujeto, dependiendo del estatus socioeconómico, contexto social y cultural, herencia biológica, trayectoria biográfica y reconocimiento del yo, tiene distinta experiencia identitaria de la edad; y aunque hay marcadores sociales muy fuertes que condicionan los tránsitos en el curso de vida, la capacidad de agencia impulsa otras formas de reconocerse en los parámetros de la edad, otras identidades culturales. Al no ser, la edad, un esencialismo, podemos pensar las edades como identidades culturales que funcionan como sistemas abiertos, pues, no son autorreferentes o no se explican a sí mismas; solo se explican en función de su relación con otras identidades y con el sistema que las contiene; no pueden ser pensadas independientemente del sistema de poder en el que se contienen (Castro-Gómez, 2017).

Como mencionaba hace un momento, las identidades etarias analizadas con mayor extensión son las juveniles, por su papel sociohistórico. El acercamiento a las identidades culturales juveniles se da a través de sus prácticas y discursos; los jóvenes crean sus propias estrategias identitarias casi siempre a través de la subversión a la biopolítica que intenta coaccionar los cuerpos y moldearlos a un canon social (Reguillo, 2007). Si queremos repensar la adultez desde otras perspectivas, lo que podemos hacer es analizarla con otros ojos; en este caso utilizaré los elementos del análisis de identidades juveniles para su aplicación en grupos adultos.



El análisis de identidades juveniles, según la propuesta de Valenzuela Arce (2011), viene en tres categorías: a) las identidades gregarias, en donde los jóvenes adquieren identidad por imitación, mimesis o moda, es decir, siguen y arremedan una tendencia; b) por red simbólica, donde los jóvenes se sienten parte de una red o una comunidad que comparte los mismos gustos o prácticas; y c) grupal, en donde existen grupos específicos con jerarquías y liderazgos bien definidos, así como códigos y rutinas.

Los adultos de la contemporaneidad pueden ser analizados desde esta perspectiva, si tomamos en cuenta que también existe una pluralidad de ellos y que no existe una sola forma (canon) de ser adulto. Además, debemos considerar que las identidades

pueden ser múltiples y que, aunque predominen en los adultos las manifestaciones identitarias relacionadas con sus roles, pueden (y deben) estudiarse sus otras manifesta-

ciones identitarias. Comenzando con las identidades adultas “gregarias”, se corresponderían con aquellos adultos que buscan reproducir o insertarse en las modas juveniles actuales, vistiendo ropa que tiene como *target* a los jóvenes o adolescentes, escuchando la música de moda o visitando espacios de recreación juveniles y adoptando sus prácticas (estos sujetos son reconocidos socialmente en México como “chavorrucos”). Las identidades adultas por “red simbólica” se corresponderían con los adultos que pertenecen

a equipos, clubes o son adultos

“fans”; un ejemplo de ello serían

aquellos que practican algún

deporte o quienes consumen de manera periódica productos culturales del cine y la televisión (o el internet) como el anime, la ciencia ficción, el

terror o los videojuegos. Por último, los adultos con “identidades grupales”, serían aquellos que son parte de grupos formales como los masónicos, o más informales como los motoclubes.

Ya establecidos los criterios en la propuesta de Valenzuela en donde se identifican una serie de manifestaciones identitarias grupales, podemos proceder a utilizar la propuesta de análisis de Rosana Reguillo (2007) en la cual establece que hay dos dimensiones para el análisis de la identidad: la situacional, que consiste en ver hacia adentro de los grupos, como por ejemplo su adscripción identitaria (qué los hace distinguibles entre ellos) y los elementos extragrupalos (qué los diferencia de los demás) que conforman el perfil de estos; y la contextual-relacional que identifica los elementos estructurales (sociales semi-permanentes) que permiten el mantenimiento de cierto tipo de identidades y la memoria histórica que permite ver las continuidades y rupturas. Así tendríamos dos elementos a considerar, uno subjetivo, más relacionado con el grupo, y otro objetivo, relacionado con las condiciones estructurales. En el caso de los adultos, los elementos subjetivos tendrían que ver con la manera en que estos se conciben a sí mismos y los elementos objetivos con las “metas” o “requisitos” de adultización canónicos que se han cubierto (los que no han sido cubiertos también hablan de la identidad; aquí no se proponen identidades incompletas o en transición).

“CUANDO TÚ VAS, YO YA FUI Y VINE DOS VECES”. ELEMENTOS PARA PENSAR EN NUEVOS ADULTOS

Si nos damos la oportunidad de reflexionar acerca de la disidencia, podemos pensar en términos de otredades no imaginadas. Por ejemplo, la figura de lo monstruoso de Mabel Moraña (2017) nos hace alusión a aquello que no está bien visto, aquello que repulsa la mirada y que funciona como una especie de chivo expiatorio de todo lo que no es bienvenido en nuestra sociedad; el monstruo puede variar según

la necesidad de lo social, según a quién se le tiene que señalar y negar la entrada a lo permisible, y en términos etarios, el monstruo fue el joven, luego el adulto mayor. Pero, en términos reales, lo que es verdaderamente mal visto, aquello que no puede ser siquiera imaginado por grotesco a la mirada, es la adultización de un niño (esto por inhumano e ilegal, pero aun así existente a plena vista) o el adulto “infantil”. Pensar en grupos de población, etarios en este caso, que no se encajan en el canon social del curso de vida, evoca lo monstruoso, lo verdaderamente disidente.

Los sujetos adultos disidentes, o adultos vistos como infantiles, inmaduros o “raros”, necesitan de nuevas interpretaciones que vayan acordes a sus experiencias de vida, así como a sus subjetividades emergentes. El generar estas nuevas interpretaciones podría contribuir a aminorar procesos de discriminación o vulneración de estos sujetos en sus entornos, así como fomentar una sociedad más inclusiva y plural a favor de nuevas identidades. Comprender que estamos ante otros sujetos y otras fronteras de identificación del curso de vida nos puede dar las herramientas para construir otras formas de entender al otro y a nosotros mismos a través de esta crisálida de las nuevas fronteras etarias/identitarias.

Todos aquellos jóvenes adultos que conservan prácticas y consumos culturales juveniles dejarían de ser el “monstruo” de Moraña; tendrían cabida en un espacio de reflexión de este tipo, en donde se les reconocería y se les daría una visibilización, pues sabemos que la adaptación a los cambios tecnológicos contribuyó de alguna manera a profundizar las diferencias etarias referidas a hábitos de consumo cultural (Sistema de Información Cultural de la Argentina, 2018). La identidad que se generó por la aceleración en el consumo de bienes y servicios culturales a través de los medios tiene su propio lugar en la subjetividad de esta generación de individuos adultos jóvenes, mucho más familiarizados con los medios digitales y que han construido parte de su identidad (que buscan conservar) a través de ellos.

Los adultos jóvenes vistos desde sus necesidades individuales e identidades o estilos de vida y de

consumo, le dan una connotación mucho más rica culturalmente hablando y mayor nitidez al cuerpo de los sujetos en su definición conceptual, en el ejercicio de derechos y necesidades de recreación identitaria con respecto a sí mismos y con respecto a lo social-grupal. Sabremos entonces que los adultos disidentes se definen también desde las individualidades y lo harán a través de la identidad, tanto colectiva como individual, y a través de sus consumos culturales.

Reguillo, R. (2013). Disidencia: Frente al desorden de las cajas abiertas—México, Breve y precario mapa de lo imposible. *DISIDENCIA*. Volume 10 | Issue 2 | 2013.

Valenzuela Arce, José Manuel (2011) *Introducción. Decálogo para pensar las certezas*. En “El futuro ya fue. Socioantropología de los jóvenes en la modernidad”. Editorial Juan Pablo y Colegio de la Frontera Norte. México

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Appadurai, A. (2001). Modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización. Uruguay: Trilce. (Parte I “Flujos globales”, p. 41-100).
- Castro-Gómez, Santiago (2017). *¿Qué hacer con los universalismos occidentales? Observaciones en torno al giro decolonial*. En Mabel Moraña (Editora). “Sujeto, decolonización, transmodernidad”. Debates filosóficos latinoamericanos. Editorial Iberoamericana, Madrid. pp. 181-208
- Debert, G. G. (2010). The dissolution of adult life and youth as a value. *Horizontes Antropológicos*, 5(SE), 0-0.
- Johfre, S. Saperstein, A. (2023). The Social Construction of Age: Concepts and Measurement. *Annual Review of Sociology*. Vol. 49: 339-358, July 2023. Doi <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-031021-121020>
- Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de Argentina (2025). Los jóvenes y los consumos culturales. Consultado en: https://www.cultura.gob.ar/media/uploads/jovenes_y_consumos_culturales_1.pdf
- Moraña, Mabel (2017). *Los monstruos y la filosofía* (capítulo IV). En “El monstruo como máquina de guerra”. Editorial Iberoamericana, Madrid. Pp. 183-236
- Reguillo Cruz, Rossana (2007). Entre la insumisión y la obediencia. Biopolítica de las culturas juveniles (Capítulo III). En “Emergencia de culturas juveniles. Estrategias de desencanto”. Editorial Norma. México. pp. 75-96